

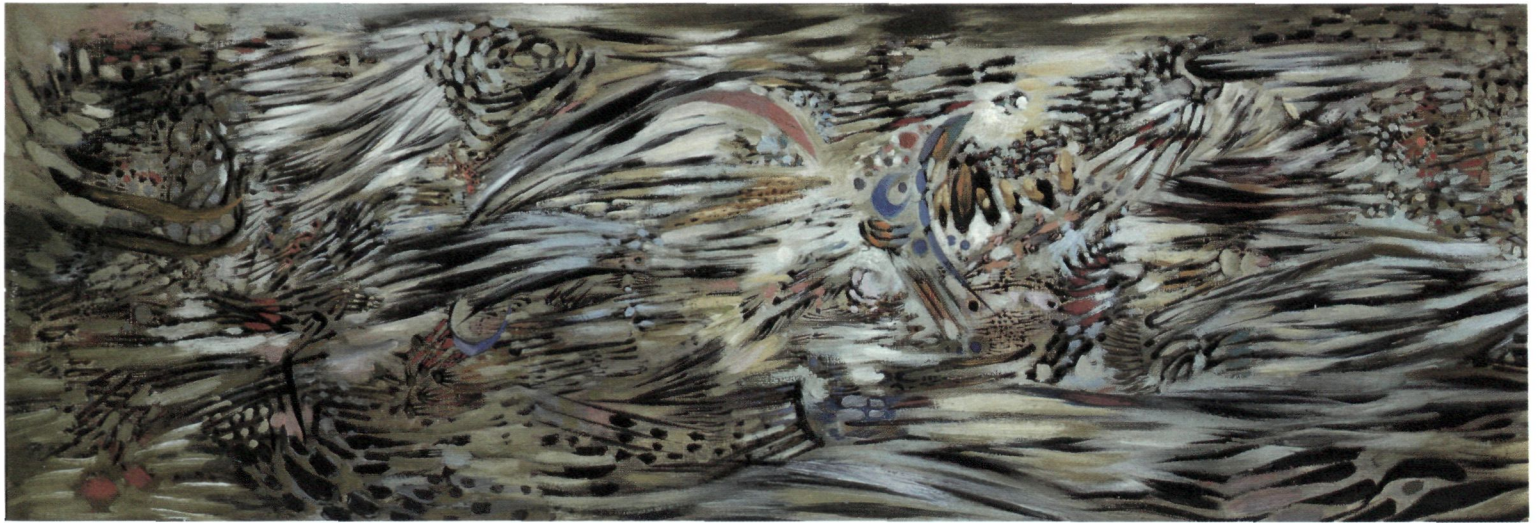


Remedios Varo, *Mujer saliendo del psicoanalista*, 1961.

EL SURREALISMO ES UN

HOMBRE **H**ERIDO

Por Cristina R. Court



Wolfgang Paalen, *La tormenta*, 1945.

Esa extrañación del vaso definido sobre la mesa, esa profunda perplejidad, candorosa o violenta, hastiada o encantada de los otros, de los sueños menores o de los magníficos: he ahí un espacio del alma que alude a la temperatura de la derrota o a su sublimación. *«Todo lleva a crecer que existe un cierto punto donde lo real y lo imaginario cesan de ser percibidos contradictoriamente»*, decía Breton en el Segundo Manifiesto del Surrealismo, apelando a una entidad que anulará *«ese divorcio deprimente entre la realidad y el sueño»*.

De modo que en ese anhelo de identidad y unidad, el surrealismo se propone como un destino trágico. Energía sucediendo, atrapando al sueño antes de contemplarlo y se siente una criatura herida, el surrealismo. Y quisiera llegar finalmente al hombre solo consigo y anda exiliado en medio de los hombres.

Porque el surrealismo padece por aquello que testifica. Su espacio creativo convoca un alfabeto convulso de infinitas metáforas de sus lamentos: fuera del sueño está todo muy desolado. La lógica del mundo es implacable. Se encadenan los sueños incumplidos. Postergado el tiempo otro, nos habitan sin piedad sus sueños menores. Hastiada de su propia soledad, la belleza se refugia en *«las ruinas del sueño»*, como decía Paul Eluard, como una luz y como la noche, *«en la baja sombra del reposo»*.

En esa suspensión se prolifera la mirada surrealista. En esa tentativa de aprehensión del intervalo entre lo tangible y su anhelo, lo intangible y su concreción. Nombrando al hombre de instintos turbados, mortal y dividido. Tan caudalosa es esa mirada, que lo abarca todo: también el fulgor de su instante, de su convergencia ilimitada.

QUIEBRA DEL SIGNO

Quién dijo *«esto no es una pipa»*. Aquel que soñó el signo y lo inauguró de otra manera. Signando ya su transmutación. Desapuntalando los criterios de discusión sobre lo real y sus arquetipos.

Aboliendo al Yo cartesiano y a su estirpe espiritual. Proponiendo otra gramática del ojo. Visualmente, que quiere decir con el ojo atisbador, destructor, implacable en su cuestionamiento. Riguroso en su perplejidad vital.

Por eso el surrealismo es un concepto de exploración más que una voluntad de estilo. Una metafísica sobre ese deseo de conciliación que alude a una quiebra. Quiebra de la arquitectura visual y mental en la relación con los objetos. Su convención espacial y temporal. Quiebra del consenso entre las cosas, los ámbitos, los hombres, los sueños y su desciframiento.

UN ESTADO DEL ALMA

Decía Breton: ahincarse en ese punto donde los contrarios cesen de ser percibidos como contrarios. Es ésta una tentativa de una gravedad casi inhumana. Acaso la que persigue al hombre secularmente en su ansia de unidad.

Piedad a este hombre herido, escindido de sí mismo, sujeto extrañado de su propia tragedia. Tragedia que nos devuelve un presente enajenado, como si ése fuera el designio de la historia, su *continuum* y su discordia, su vertiginoso destino.

El surrealismo es un hombre herido, decíamos, un estado del alma: por tanto, un arte de exploración infinita, que abarca al cuerpo contemporáneo y lo dimensiona sin orientaciones. *«Coge este fraudulento ojo de pez y tíralo para que se rompa»*, dijo alguien. Convergendo así con nuestro espíritu fin de siglo. Descontruyendo la identidad del espacio real. Invirtiendo en espacio imaginario. Simulando los referentes de su negación. Creando compulsivamente guiados por nuestra propia cartografía pulsional: la de la profunda perplejidad en el disenso. La perplejidad que llena todo de dioses, como quería el viejo Heráclito.

Aquí y ahora fuera del sueño está todo muy desolado. Nómadas de nuestro propio tiempo, hoy como siempre devenimos *«hartos de habitar las ruinas del sueño»*.▲